BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

EL EJEMPLO PERMANENTE de los HOMBRES DE LA REPUBLICA

LA VOZ DE

MARCELINO DOMINGO

EDICIONES DE ARDE
AGRUPACION DE MEXICO
1970

CONTRASTANDO CONDUCTAS

HOY COMO AYER

Volvamos la vista atrás, situándonos en las postrimerías de la primavera de 1937. España vive momentos dramáticos, en los que se contrastan los afanes republicanos de afirmar la estabilidad de su régimen por los cauces legales lo que constituía imperativo de sus gobernantes, frente a las demagógicas actuaciones de unas derechas reaccionarias, intransigentes, incorregibles en sus modos y maneras, que alientan la difamación y la calumnia, a falta de la lógica razón que hace respetable al adversario. Y así se contribuye a crear un ambiente enrarecido, que desvirtúa la realidad, fomentando la rebeldía precisamente por aquellos que titulándose defensores del orden abrigan la esperanza de poder plasmar en el desorden la posibilidad de su victoria. Todas las desdichas que inventara su imaginación son atribuidas a los rectores de la vida nacional, más concretamente a los hombres de izquierda, que llevan sobre sí la pesada carga de regir los destinos del país por senderos de justicia y de libertad. Y en el Parlamento se debaten los problemas de la calle, con iracundia sin igual, con morbosa pasión, por los vencidos de ayer, incapaces de resignarse a su suerte adversa, en espera del momento en que los vencedores de un día, pudieran ser quizá los minoritarios de mañana. No hay palabra soez, concepto ofensivo, diatriba insolente, que no forme parte del léxico empleado por los detractores sistemáticos de la República. Pero ésta tiene también, y por fortuna, sus defensores apasionados en cuyo servicio ofrendaron lo mejor de sus talentos y de sus vidas.

Marcelino Domingo fue, en tarde memorable, el magnífico y sereno intérprete de tales sentimientos. Esa intervención parlamentaria, siempre de actualidad, que ofrecemos hoy a correligionarios y compatriotas de toda clase y condición, pone de manifiesto cómo eran aquellas derechas, que en el devenir de los años, y para su desgracia, no han cambiado de condición y siguen siendo en el Poder hoy, como ayer en la oposición, los mismos de siempre, jamás dispuestos a rectificar sus abominables procedimientos.

México, julio de 1970

Mariano Joven

El Sr. DOMINGO (D. Marcelino): Señores diputados, con motivo del problema del orden público se ha promovido un debate al que todos hemos asistido; por algunos de los discursos pronunciados en el debate precisamente por quienes lo han promovido y últimamente por la actitud que acaban de adoptar, cabe pensar que, sin duda, no contribuirán en lo más mínimo al restablecimiento del orden público en España en aquellas zonas en que el orden público esté alterado. No hay duda alguna sobre que si en el problema del orden público hay un sector que tenga interés fundamental en manifestarlo y defenderlo, este sector es el Gobierno, y la fuerza que asiste parlamentariamente al Gobierno, en todo momento, en toda ocasión, pero principalmente en que el Gobierno y la fuerza política que le sostiene tiene un compromiso solemne ante el país, que es el de cumplir una obra fundamental para el desenvolvimiento de la historia política de su patria.

Si no bastara este convencimiento para fundamentar esta posición, en el debate de esta tarde se habría advertido con toda claridad este hecho: que había interés en conservar el orden público en aquellas fuerzas políticas que no han promovido este debate, y que había interés, basándose en el problema del orden público, en continuar la perturbación del orden público, en quienes han promovido el debate. (*Muy bien.*)

No puede hacerse —y voy a ser muy breve en mi intervención— un compartimiento estanco en la política de un país por la actuación de cada Gobierno; el Gobierno de hoy hereda el problema moral que deja pendiente el Gobierno de ayer, y cada Gobierno es heredero, en poco o en mucho, de la situación que deja el Gobierno anterior. En el debate promovido se ha querido dar a entender, en síntesis, por quienes lo promovieron, que en España la democracia primero, la República después y, en defi-

nitiva, dentro de la República, los gobiernos de izquierda, estaban incapacitados para la conservación y garantía del orden público, y se atenían, para justificar esta actitud, a la situación presente de la realidad española. Por fortuna o por desventura, pueden establecerse comparaciones, no remotas, sino inmediatas, para señalar cómo la situación actual del orden público es una herencia de otro régimen, de otras situaciones políticas y de otros gobiernos.

No quiero calibrar la anormalidad y la gravedad del momento presente, pero digo que era más grave la situación de España durante la monarquía en 1909, cuando en una sola ciudad, Barcelona, ardía casi todo; entonces gobernaba a España la monarquía y, dentro de la monarquía, una fuerza conservadora. Más grave era la situación en 1917, cuando, por la actitud del régimen, hubo de convocarse una asamblea de parlamentarios en Barcelona, y siguió a la asamblea de parlamentarios un movimiento revolucionario de gran volumen. Más grave fue la situación producida en 1921, como consecuencia de una descomposición de los organismos del Estado a que no se ha llegado en ningún momento de la República, situación de descomposición que determinó la catástrofe de Annual. Mucho más grave en 1923, cuando hubo necesidad de producir una sublevación militar, porque, agotados todos los partidos del régimen, fue necesario acudir a un general insurrecto para salvar, con una situación de fuerza, la monarquía. ¿Quiere ofrecerse la monarquía como un régimen de superioridad en la conservación del orden público en parangón con la República? Pues ahí quedan todos esos hechos para evidenciar, primero, la herencia; segundo, la inferioridad.

Pero después viene la Dictadura, porque la Dictadura la ha vivido España; dictadura fuerte, dictadura absoluta; y en la Dictadura se produjo un hecho —no citaré otros—, el de la sublevación de las fuerzas en Ciudad Real, como no ha conocido otro la República; dentro de este hecho tiene que señalarse paralelamente otro, y es el de la actitud que hubo de adoptar el poder público con una fracción del Ejército por su actitud insurrecta frente a la Dictadura. ¿Puede compararse esta situación de hoy con aquella situación de la Dictadura? Pues monarquía y Dictadura ofrecen esta realidad: una herencia de trastorno moral, de perturbación política, de desorden público, que se traslada a la República y que se le deja a la República como herencia, y en ensayo de otros regímenes que hoy se nos ofrecen como solución,

situaciones de desorden público más graves que la situación de desorden público que en un momento revolucionario que no se ha de olvidar tiene la República.

Pero es que a favor de la República ha de señalarse un hecho, y es que la República aspira a instaurar un régimen de paz en España, tanto, que la República produce un movimiento revolucionario de cambio de régimen sin que tenga lugar en nuestro país una sola de estas conmociones que actualmente se registran: es decir, las fuerzas revolucionarias republicanas producen un cambio de régimen sin par en la historia, señalado por su elegancia, dignificado por un gesto generoso, magnificado por su tránsito de paz. Nunca, en ningún país, se ha producido un cambio político como el cambio político que se ha registrado en España por la acción de los revolucionarios republicanos determinando el cambio de régimen.

¿Qué es lo que dentro de la República, nacida en paz, determina otra vez el que entre en ella la herencia de perturbación legada por la monarquía y la Dictadura, y vuelva la guerra? Primero, las pastorales del cardenal Segura, que señalan una actitud insurrecta de la Iglesia; después, el anuncio de los alzamientos del Norte, que se preparan y señalan como amenaza contra el Régimen; más tarde, el movimiento militar del 10 de agosto; es decir, no son las fuerzas sociales avanzadas ni las fuerzas republicanas liberales las que determinan, al instaurar el Régimen o al desenvolverlo, una situación de desorden público, sino que son las derechas, las fuerzas que se sostienen en las derechas, las que ahora reclaman que se mantenga el orden público, quienes dentro de la República que se inició con paz, que se desenvolvió en paz, producen nuevamente la perturbación política y el desorden público dentro de la misma República. (*Aplausos.*)

Se inicia en España con el primer Gobierno, con el Gobierno del primer bienio, un hecho que habría de haber quedado en la historia como ejemplar y que las fuerzas conservadoras, si hubieran tenido sentido, más que de sus egoísmos y de sus intereses, de la devoción a esta España que entraba en un momento nuevo de su vida, debían haber saludado como un hecho benefactor: era el de que en una hora en que en el mundo se está tramitando, por ideas y por hechos nuevos, una revolución social, las fuerzas que en España representaban este sentido se incorporaban a un régimen democrático, colaboraban directamente en una acción

de gobierno y permitían que la revolución social fuera en España una evolución pacífica dentro de la democracia creada. (*Muy bien!*)

¿Cómo saludaron las fuerzas conservadores este hecho magnífico y ejemplar, que de haber perdurado hoy daría a España el ejemplo único de las posibilidades fecundas de una democracia nueva? ¿Cómo? Empezando contra aquel Gobierno, aquella situación política y aquellas fuerzas sociales una de las campañas más anárquicas, demoledoras, antiespañolas, que se han producido jamás. (*Aplausos*). De la injuria más baja a la calumnia más vil, todo lo que pudieron imaginar como fuerza demagógica para subvertir las instituciones, todo lo intentaron; todo lo que creyeron medio para demoler aquella fuerza política, para apartar de la acción legal a estas fuerzas sociales, todo lo creyeron lícito; todo lo que pudieron arbitrar para colocarse frente a aquella situación política y destruirla, todo lo creyeron legítimo. (*Muy bien*). Un suceso desventurado y dramático, el de Casas Viejas, les sirvió de bandera, y las fuerzas que hoy han pedido el restablecimiento del orden público, en aquella ocasión hicieron contra las fuerzas del Estado la campaña de injurias, de demagogia, de escándalo, de subversión, de ataque, de la indisciplina más violenta que se ha conocido. (*Grandes aplausos.*) Y no teniendo más que un propósito, el de quebrantar al Gobierno que existía, no les preocupó el que soliviantando a las masas populares, señalándoles la responsabilidad de un Gobierno al que manchaban de sangre, estas masas populares desertaran ya de la lucha legal, desesperaran de la República, se desencantaran del Régimen que había instaurado y buscaran por otros caminos, por los caminos por los que después han ido, la satisfacción a sus ideales. (*Grandes aplausos.*)

Cayó aquel Gobierno, cayó aquella situación política. Cada fuerza de las que habían integrado aquella instauración pacífica de la República, andaban ya por su camino. ¿Qué se hizo durante el tiempo en que esos hombres gobernaron? Lo ha dicho con palabra emocionante, que ha llegado al alma de todos, la "Pasionaria". ¿Qué han hecho? Esos hombres, si lealmente hubieran estado dentro de la República, primero la habrían honrado con su conducta política, porque debían haber pensado que una República tiene una primera característica: la honradez, y cuando la honradez le falta, deja de serlo. Pasaron por el poder desertando primeramente de esta calidad política, la de la honradez, y por

tener unos votos que les permitieran reprimir desde el Gobierno lo que querían ahogar no dudaron en sostener en el Gobierno a quienes de una manera decidida y siendo cómplices ellos de los otros, permitieron que realizaran actos que si aquellos hombres hubieran sido la República, la República hubiera quedado deshonrada. (*Grandes aplausos.*) ¿Y luego qué? Su misión, si ellos hubieran sentido fervorosamente su adhesión a la República, habría de haber sido ésta: el pensar que un día a las derechas sucederían las izquierdas. En un pueblo como el nuestro, de poca educación política, porque no se le han dado, más fácil a moverse por reacciones que a permanecer en su puesto por convicción, en un pueblo dispuesto, por corrientes sentimentales a lanzarse mañana rápidamente a las proposiciones más opuestas a las que hoy tiene, hubieran tenido que pensar que a un Gobierno de derechas sucedería un día un Gobierno de izquierdas. ¿Cuál habría de haber sido su misión si efectivamente ellos hubieran sentido lealtad por la República, devoción a ella, incorporación legítima y cordial a las nuevas instituciones? Pues su misión habría de haber sido ésta: hacer insensible el tránsito, hacer que de una situación de derechas se pasara a una situación de izquierda sin catástrofe, sin espíritu de guerra civil, sin afán de venganza, sin que el hecho de ser vencido o vencedor representara dos posiciones de guerra. ¿Hicieron ésto? Hicieron lo contrario. En las masas populares, por el hambre y por la persecución, desencadenaron todos los afanes de represalia que hoy son los que aparecen como impulsos incontenibles en muchos de los hechos que se producen en las calles, y no pensando que un día unos hombres de izquierda podrían ser los que en nombre de estos partidos gobernaran, se lanzaron a la difamación más escandalosa, y a estos hombres políticos, a unos los encarcelaron sin respetar su prestigio, hundiéndolos en un buque, infamándoles con todas las acusaciones, a otros les lanzaron encima todos los vituperios, los disminuyeron en su autoridad, en su crédito público, en su representación política, en su popularidad; es decir, envenenaron y desencadenaron las pasiones populares, y a los hombres que el día en que se gobernara en nombre de las izquierdas habrían de gobernar les disminuyeron en su autoridad, les rebajaron, les empequeñecieron. El resultado había de ser natural; han sido más fuertes que nunca las pasiones populares, más disminuidos que nunca en su confianza ante la opinión los hombres representativos de los partidos de izquierdas. Piden

ahora contención en las masas; la habrían tenido si no las hubieran sublevado. Piden ahora autoridad omnímoda a los hombres de las izquierdas; tendrían la autoridad que por sus propios merecimientos debían tener si ellos no se la hubieran restado. (*Aplausos.*)

Y ahora, ya en la oposición, ya vencidos, no se sabe con qué finalidad, no he de entrar a averiguarlo a estas horas, alentando o armando o pagando a quienes producen provocaciones que excitan esta cólera popular y las desmandan, y por otro lado, producido el efecto de la provocación y creando el estado de espíritu justo que una provocación de éstas ocasiona, por todos los medios procuran extender un pánico que determine un hundimiento en nuestra moral y que, en definitiva, siendo ellos los vencidos en la lucha, sean los que, por esta situación moral que se crea en nosotros, venzan nuestra moral.

Cuando se les ve, se advierte, con verlos y oírlos, que no tienen nada que hacer en la República, que no la han sentido jamás. La República es un régimen para hombres, para hombres que sienten su deber sin apocamientos, sin histerismos; para hombres que no vengan al régimen con reservas mentales, para hombres que se entreguen plena y fervorosamente al sentido creador de las instituciones republicanas; para hombres que adviertan el momento magnífico que vive España aún con todos estos trastornos, aún con todos estos episodios dramáticos, aún con todas estas alteraciones; el momento magnífico que vive España, entrada en cauces nuevos, señora de sus destinos, con fuerte emoción histórica, con afán de horizontes y con impulsos en su alma para llegar al horizonte donde mira su afán. Quien no tenga este espíritu creador no está en la República! No están en la República esos hombres que se van del Parlamento cuando en el Parlamento se debaten, con altura, temas republicanos. (*Muy bien.*) No están en la República, y es preferible que por estas actitudes se vayan descubriendo en momentos como éste, que, con invocación del orden público, se advierte que los fomentadores del desorden público son ellos; tan fomentadores, que uno de los discursos pronunciados por uno de estos hombres que aspiran a tener una mayor representación dentro de las fuerzas conservadoras españolas, es uno de los discursos más demagógicos que se han pronunciado ante un país convulso, sensible, en que todo está dentro de un cauce nuevo. Si el discurso de uno de estos hombres tuviera el efecto que posiblemente él ha aspirado a producir, todos los actos

realizados en la calle, los de mayor desmán, los más insultantes, los más violentos, los más demagógicos, todos los actos cometidos en la calle, no representan para el desorden público un acto de mayor gravedad que el realizado por ese hombre con su discurso. (*Muchos aplausos*).

Nosotros no aspiramos a un régimen de plenos poderes; no aspiramos a él porque las circunstancias no lo demandan, porque no lo permite la esencia del régimen implantado y porque, en definitiva, nosotros somos hombres formados dentro de disciplinas morales y civiles, a las que queremos servir con lealtad. Queremos autoridad, pero autoridad republicana, es decir, autoridad ágil, dinámica y legal; autoridad que nazca de las responsabilidades políticas que se han comprometido en pacto solemne; autoridad que esté en el cumplimiento de ese pacto; autoridad que nazca del impulso que el sufragio universal ha dado nuevamente a la República. Esta es la autoridad que queremos, y porque la vemos en el Gobierno que se sienta en el banco azul y la sentimos nosotros entrañablemente, no hacemos como los que se sientan ahí enfrente, que piden lo que no dan; nosotros pedimos autoridad porque tenemos el convencimiento de que con nuestra colaboración se la damos al Gobierno a quien se la pedimos. (*Grandes aplausos.*)

(Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados,
Madrid, 17 de junio de 1936).

Font: biblioteca.tortosa.cat